

NOVELISTAS
ARGENTINOS
CONTEMPORÁNEOS
Novelas, cuentos y relatos



Para mi admirado amigo
Ernesto Martínez,
cordialmente Adolfo J. [Signature]
1984

Las víctimas de la guerra del cerdo

PARCO, melancólico. Inevitablemente deprimido, Martel cargó los pulmones con aire tibio y se dedicó a mirar los inquietos movimientos de una paloma de Plaza de Mayo.

Cruzó sus piernas, después, inclinó su cuerpo hacia adelante, lo noté prematuramente cansado, precozmente envejecido.

“¿A vos te parece justa la guerra del chanchito?”, me preguntó y no supe que decirle. Pensé, enseguida, en la novela de Adolfo Bioy Casares, aunque podía intuir que su pregunta iba más allá de un texto literario.

“Ayer, luego de comprar en la calle Warnes un juego de platinos para el auto, me largué a caminar, bajo el generoso y tal vez último solcito de esta temporada, hasta que me senté en un bar para tomar un café. Estaba en Warnes al 2400. Ya había tomado medio pocillo cuando, por un gesto, por el roce de su sacón, o por mi reiterada curiosidad, muy cerca de mí vi a una señora mayor que lloraba con desconsuelo. Lloraba la mujer, ni se secaba las lágrimas, no le importaba que un hombre la mirara, desde la barra, sosteniendo un vaso de moscato, o que la estuviese observando yo, desde la mesa, con visible piedad.

Me acerqué, le ofrecí mi pañuelo y le pedí un té. La mujer levantó su rostro, cansado y digno, y me lo agradeció. Me preguntó después, ya sin llanto, cómo

me llamaba; y cuando le dije Martel, sonrió, aflojó un poco su triteza y me dijo: “Entonces a usted se lo cuento, porque tengo la seguridad de que se lo contará a su amigo Jorge, en el diario, y alguien así se enterará de lo que está pasando en el Hogar de Ancianos General San Martín, aquí nomás, en Warnes al 2600”, me dijo María Concepción Roldán, y yo me preparé para escucharla.

“Desde hace un tiempo las cosas marchan muy mal en ese instituto geriátrico —dijo María Concepción, con ganas de volver a llorar—, y a los pobres ancianos les han rebajado la alimentación. No les dan leche con el desayuno ni en la merienda. Por la tarde, se ha suprimido también el dulce y sólo les dan mate cocido. El almuerzo y la cena son tan magros, que los ancianos padecen, sin exagerar, hambre. Entonces los familiares van a visitarlos y se encuentran con el deprimente cuadro que me encontré yo: los internos piden a gritos comida, galletitas, cualquier cosa para paliar su desdicha”, dijo María Concepción, y bebió lentamente un sorbo de té.

“Agregado a todo esto, el nuevo director dispuso que los ancianos deben lavarse sus platos y cubiertos, lo que deben hacer en el baño, un sitio dedicado a otras necesidades. Esto, que podría parecer una terapia, no lo es, simplemente, porque la mayoría de los

internos andan con bastón, con trípode, padecen el mal de Parkinson y otras deficiencias típicas de la edad. Las gerontes y empleadas que deben atender a los internos han adoptado un régimen casi carcelario, amenazando a los ancianos que protestan con cambiarlos de pabellón y separándolos de su grupo humano. Y el director, señor Martel, no pone orden ni límite a personal autoritario y agresivo que hace más triste aún la vida en el Hogar. Y yo sé muy bien lo que le digo. Tengo un familiar al que visito todas las semanas y él tiene que soportar todas estas injusticias y yo soy impotente para ayudarlo. Querido Martel —volvía a decirme María Concepción Roldán, y lloró— usted puede ayudarme, y también las autoridades que no pueden estar de acuerdo con tanta mezquindad y despotismo”, dijo, y se puso de pie.

“La acompañé a la salida del bar —me cuenta Martel— y la besé en la frente. Ella me miró, con placidez, antes de irse, apoyando su cabeza en mi hombro, dijo: “Tengo la esperanza de ser escuchada. Yo también soy una anciana que quizá muy pronto deba recurrir a un Hogar para pasar mis últimos años. Y no quiero padecer las cosas que le he contado”, dice Martel que le dijo la anciana, y él se quedó parco, melancólico, inevitablemente deprimido.

Jorge Manzu

Agasajaron al escritor Adolfo Bioy Casares

Con motivo de la aparición de su última novela, "La aventura de un fotógrafo en La Plata", y de cumplir cuarenta años de publicación en el sello Emecé, esta editorial agasajó al escritor Adolfo Bioy Casares.

En un acto inusual en el que no hubo presentador ni palabras de agradecimiento del autor, "ya que lo importante es que la gente departa cordialmente", según lo manifestó el secretario del directorio de Emecé, señor Francisco del Carril, numerosos amigos y admiradores expresaron su renovado afecto al autor de "La invención de Morel".

"El primer libro que publiqué en esta editorial fue «El perjurio de la nieve», en la colección Cuadernos de la Quimera. Luego vino «Plan de evasión» -dijo el agasajado con nostalgia- y agregó que más tarde, para no comprometer a los editores a sacar un nuevo libro, dio «El sueño de los héroes» a Sudamericana".

-¿Usted la considera su mejor novela?

-Sí, no me disgusta cuando la releo. Es decir, me disgusta menos que otros libros míos.

-¿"La aventura de un fotógrafo en La Plata" sigue la línea fantástica de su literatura?

-No. Quiere ser un elogio, ... más humildemente, el tema es el triunfo de la vocación aun sobre la existencia del amor.

-¿Cuáles son sus planes actuales?

-Estoy trabajando en un libro de cuentos que espero concluir antes de fin de año; tengo una novela a medio hacer y otra en proyecto. Además, trabajo en una obra de brevedades, reflexiones, cuentos breves, sueños y dísticos.

-¿Aforismos?

-No, ¡por favor!, me parecen una pedantería.

Luego, como para sí mismo exclama: "¡Qué hermosa ciudad tenemos estos porteños chambones!", mientras su vista se pierde veintinueve pisos más abajo, entre las luces parpadeantes y el río con horizonte de mar.